

LA BRUJA DE ABRIL Y OTROS CUENTOS

RAY BRADBURY

Traducción de Mariano Antolín Rato



LA SABANA

1

George, me gustaría que le echaras un ojo al cuarto de jugar de los niños.

–¿Qué le pasa?

–No lo sé.

–Pues bien, ¿y entonces?

–Solo quiero que le eches una ojeada, o que llames a un psicólogo para que se la eche él.

–¿Y qué necesidad tiene un cuarto de jugar de un psicólogo?

–Lo sabes perfectamente –su mujer se detuvo en el centro de la cocina y contempló uno de los fogones, que en ese momento estaba hirviendo la sopa para cuatro personas–. Solo es que ese cuarto ahora es diferente de como era antes.

–Muy bien, echémosle un vistazo.

Atravesaron el vestíbulo de su lujosa casa insonorizada cuya instalación les había costado treinta mil dólares, una casa que los vestía y los alimentaba y los mecía para que se durmieran, y tocaba música y cantaba y era buena con ellos. Su aproximación activó un interruptor en alguna parte y la luz de la habitación de los niños parpadeó cuando llegaron a tres metros de ella. Simultáneamente, en el vestíbulo, las luces se apagaron con un automatismo suave.

–Bien –dijo George Hadley.

Se detuvieron en el suelo acolchado del cuarto de jugar de los niños. Tenía doce metros de ancho por diez de largo; además había costado tanto como la mitad del resto de la casa. «Pero nada es demasiado bueno para nuestros hijos», había dicho George.

La habitación estaba en silencio y tan desierta como un claro de la selva un caluroso mediodía. Las paredes eran lisas y bidimensionales. En ese momento, mientras George y Lydia Hadley se encontraban quietos en el centro de la habitación, las paredes se pusieron a zumbar y a retroceder hacia una distancia cristalina, o eso parecía, y pronto apareció una sabana africana en tres dimensiones; por todas partes, en colores que reproducían hasta el último guijarro y brizna de paja. Por encima de ellos, el techo se convirtió en un cielo profundo con un ardiente sol amarillo.

George Hadley notó que la frente le empezaba a sudar.

–Vamos a quitarnos del sol –dijo–. Resulta demasiado real. Pero no veo que pase nada extraño.

–Espera un momento y verás –dijo su mujer.

Los ocultos olorificadores empezaron a emitir un viento aromatizado en dirección a las dos personas del centro de la achicharrante sabana africana. El intenso olor a paja, el aroma fresco de la charca oculta, el penetrante olor a moho de los animales, el olor a polvo en el aire ardiente. Y ahora los sonidos: el trote de las patas de lejanos antílopes en la hierba, el aleteo de los buitres. Una sombra recorrió el cielo y vaciló sobre la sudorosa cara que miraba hacia arriba de George Hadley.

–Unos bichos asquerosos –le oyó decir a su mujer.

–Los buitres.

–¿Ves? Allí están los leones, a lo lejos, en aquella dirección. Ahora se dirigen a la charca. Han estado comiendo –dijo Lydia–. No sé el qué.

–Algún animal –George Hadley alzó la mano para defender sus entrecerrados ojos de la luz ardiente–. Una cebra o una cría de jirafa, a lo mejor.

–¿Estás seguro? –la voz de su mujer sonó especialmente tensa.

–No, ya es un poco tarde para estar seguro –dijo él, divertido–. Allí lo único que puedo distinguir son

unos huesos descarnados, y a los buitres dispuestos a caer sobre lo que queda.

–¿Has oído ese grito? –preguntó ella.

–No.

–¡Hace un momento!

–Lo siento, pero no.

Los leones se acercaban. Y George Hadley volvió a sentirse lleno de admiración hacia el genio mecánico que había concebido aquella habitación. Un milagro de la eficacia que vendían por un precio ridículamente bajo. Todas las casas deberían tener algo así. Claro, de vez en cuando te asustaba con su exactitud clínica, hacía que te sobresaltases y te producía un estremecimiento, pero qué divertido era para todos en la mayoría de las ocasiones; y no solo para su hijo y su hija, sino para él mismo cuando sentía que daba un paseo por un país lejano, y después cambiaba rápidamente de escenario. Bien, ¡pues allí estaba!

Y allí estaban los leones, a unos cinco metros de distancia, tan reales, tan febril y sobrecogedoramente reales que casi notabas su piel áspera en la mano, la boca se te quedaba llena del polvoriento olor a tapicería de sus pieles calientes, y su color amarillo permanecía dentro de tus ojos como el amarillo de un exquisito tapiz francés; el amarillo de los leones y de la hierba en verano, y el sonido de los enmarañados pulmones de los leones respirando en el silencioso calor del mediodía, y el olor a carne en el aliento, sus bocas goteando.

Los leones se quedaron mirando a George y Lydia Hadley con sus aterradores ojos verde-amari-llentos.

–¡Cuidado! –gritó Lydia.

Los leones venían corriendo hacia ellos.

Lydia se dio la vuelta y echó a correr. George se lanzó tras ella. Fuera, en el vestíbulo, después de cerrar de un portazo, él se reía y ella lloraba, y los dos se detuvieron horrorizados ante la reacción del otro.

–¡George!

–¡Lydia! ¡Oh, mi querida, mi dulce, mi pobre Lydia!

–¡Casi nos atrapan!

–Unas paredes, Lydia, acuérdate de ello; unas paredes de cristal, es lo único que son. Claro, parecen reales, lo reconozco... África en tu salón, pero solo es una película en color multidimensional de acción especial, supersensitiva, y una cinta cinematográfica mental detrás de las paredes de cristal. Solo son olorificadores y acústica, Lydia. Toma mi pañuelo.

–Estoy asustada –Lydia se le acercó, pegó su cuerpo al de él y lloró sin parar–. ¿Has visto? ¿Lo has *notado*? Es demasiado real.

–Vamos a ver, Lydia...

–Tienes que decirles a Wendy y Peter que no lean nada más sobre África.

–Claro que sí... Claro que sí –le dio unos golpecitos con la mano.

–¿Lo prometes?

–Desde luego.

–Y mantén cerrada con llave esa habitación durante unos días hasta que consiga que se me calmen los nervios.

–Ya sabes lo difícil que resulta Peter con eso. Cuando le castigué hace un mes a tener unas horas cerrada con llave esa habitación..., ¡menuda rabieta cogió! Y Wendy lo mismo. Viven para esa habitación.

–Hay que cerrarla con llave, eso es todo lo que hay que hacer.

–Muy bien –de mala gana, George Hadley cerró con llave la enorme puerta–. Has estado trabajando intensamente. Necesitas un descanso.

–No lo sé... No lo sé –dijo ella, sonándose la nariz y sentándose en una butaca que inmediatamente empezó a mecerse para tranquilizarla–. A lo mejor tengo pocas cosas que hacer. Puede que tenga demasiado tiempo para pensar. ¿Por qué no cerramos la casa durante unos cuantos días y nos vamos de vacaciones?

–¿Te refieres a que vas a tener que freír tú los huevos?

–Sí –Lydia asintió con la cabeza.

–¿Y zurcirme los calcetines?

–Sí –un frenético asentimiento, y unos ojos que se humedecían.

–¿Y barrer la casa?

–¡Sí, sí..., claro que sí!

–Pero yo creía que por eso habíamos comprado esta casa, para que no tuviéramos que hacer ninguna de esas cosas.

–Justamente es eso. No siento como si esta fuera mi casa. Ahora la casa es la esposa y la madre y la niñera. ¿Cómo podría competir yo con una sabana africana? ¿Es que puedo bañar a los niños y restregarles de modo tan eficiente o rápido como el baño que restriega automáticamente? Es imposible. Y no solo me pasa a mí. También a ti. Últimamente has estado terriblemente nervioso.

–Supongo que porque he fumado en exceso.

–Tienes aspecto de que tampoco tú sabes qué hacer contigo mismo en esta casa. Fumas un poco más por la mañana y bebes un poco más por la tarde y necesitas unos cuantos sedantes más por la noche. También estás empezando a sentirte innecesario.

–¿Y no lo soy? –hizo una pausa y trató de notar lo que de verdad sentía interiormente.

–¡Oh, George! –Lydia lanzó una mirada más allá de él, a la puerta del cuarto de jugar de los niños–. Esos leones no pueden salir de ahí, ¿verdad que no pueden?

Él miró la puerta y vio que temblaba como si algo hubiera saltado contra ella por el otro lado.

–Claro que no –dijo.